

CHRISTOPH RANSMAYR

*Cox o el paso
del tiempo*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

1. «Hang zhou», la llegada
2. «Da yun he», el Canal del Emperador
3. «Zi jin cheng», la Ciudad Purpura
4. «Wan sui ye», el Señor de los Diez Mil Años
5. «Shi jian», un ser humano
6. «Hai zi», el Buque de Plata
7. «Ling chi», un castigo
8. «Wan li chang cheng», la muralla
9. «An», la amada
10. «Li Xia», hacia el verano
11. «Aishi», la perdida
12. «Jehol», junto al río de aguas calientes
13. «Shuiyin», mercurio
14. «Zhong», el reloj
15. «Jing gao», una advertencia
16. «Ging Ke», el instante .
17. «Gu Du Qiu Bai», el Invencible

A manera de epilogo

Créditos

Notas

Dedicado a Ñn

1. «HÁNG ZHŌU»,¹ LA LLEGADA

Cox llegó a tierra firme china con las velas caídas la mañana de aquel día de octubre en que Qiánlóng, el hombre más poderoso del mundo y emperador de la China, mandó cortar la nariz a veintisiete funcionarios del fisco y corredores de bolsa.

Ese apacible día de otoño, los bancos de niebla se demoraban sobre las aguas lisas del Qiántáng, cuyo lecho arenoso, que desaparecía en los afluentes, habían hecho aún más profundo más de doscientos mil trabajadores forzosos equipados con palas y cestas; conforme a los deseos del emperador, cabía corregir un error de la naturaleza para que el río, una vez navegable, uniera la ciudad con el mar y la bahía de Háng zhōu.

La bruma ocultaba una y otra vez el barco del recién llegado de las miradas de la multitud congregada alrededor de un patíbulo montado muy cerca del puerto. Según el acta que levantó la policía, fueron dos mil cien los espectadores, testigos de la infalibilidad y la justicia del emperador Qiánlóng; vestidos con sus mejores galas, muchos asistieron a esperar, conversando o guardando un respetuoso silencio, que apareciera el verdugo y, de paso, a ver la goleta que se aproximaba por entre la niebla del río, desaparecía en ella y volvía a dejarse ver, adoptando una forma más amenazadora cada vez que volvía a asomar. ¡Menudo barco!

Incluso algunos de los condenados, encadenados a los postes del cadalso, levantaron la cabeza para contemplar el buque que avanzaba en silencio con sus velas azul oscuro, la latina y la trapezoidal, mientras los curiosos reunidos alrededor del patíbulo parecían haber olvidado que toda la atención de este mundo debía prestarse al emperador y a los ejecutores de su voluntad, pues esa atención solo pertenecía al Hijo del Cielo, que únicamente en un acto de benevolencia compartía donativos y miradas con otros seres humanos y otras cosas.

Ninguna onda de pleamar, ningún volcán en erupción y ningún temblor de tierra, ni siquiera el oscurecimiento del sol, podían justificar un solo pensamiento que prescindiera del permiso del poder absoluto y de la largueza del emperador y se volviese hacia lo mundano y trivial.

Con los trabajos en el Qiántáng, el emperador había demostrado que su voluntad podía acercar toda una ciudad al mar y llevar el mar hasta los jardines y parques de Háng zhōu. Desde entonces, la marea conducía los barcos que entraban en el puerto hasta los muelles y almacenes de la ciudad como una ofrenda del océano, mientras el río, espejo del poder imperial, cambiaba de dirección al ritmo del flujo y el reflujo y podía acoger flotas enteras.

Pero ¿qué importancia tenía para un hombre todopoderoso, cuyas leyes determinaban cada movimiento de la vida, el curso de un río, las líneas de la costa y los pensamientos más secretos, que un gran velero nunca visto hasta entonces se acercara deslizándose por las aguas fétidas del Qiántáng, que olían a las lechadas de cal de los curtidores? Y al emperador no se lo veía por ninguna parte. No así, en cambio, al navío... si bien a veces permanecía oculto a las miradas siempre solo unos breves instantes antes de volver a dejarse ver entre la niebla, convertido de pronto en una realidad innegable.

En la multitud congregada junto al patíbulo, algunos mandarines, ya en sus palanquines, ya descansando bajo un palio, habían empezado a contarse en voz baja los rumores de los últimos días, cuchicheos que se extendían desde las muchas sombras de la corte acerca de la inminente llegada de un velero inglés cargado de máquinas y relojes espléndidos. Sin embargo, fuera quien fuese el que susurrara, no señalaba nunca al buque de tres palos y, tras cada frase, miraba disimuladamente a su alrededor para comprobar que no estaba oyéndolo uno de los muchos oídos del emperador y que tampoco lo veía uno de sus innúmeros ojos, y que algunos súbditos, vestidos con abrigos bordados o túnicas con adornos de pieles y cuyos nombres cualquier agente de la policía o del servicio secreto podía averiguar fácilmente, se preocupaban, a pesar de estar prohibido, por lo que esa mañana ocurría según la voluntad del Supremo. Ciertamente, los condenados estaban donde estaban porque así lo quería él; pero ¿se dirigía realmente esa enorme nave azul hacia una de las ciudades más grandiosas y ricas del imperio también según Su voluntad?

Qiánlóng, invisible o resplandeciente, todo oro rojo y seda, era un ser omnipresente, un dios. No obstante, aunque esos días quería poner fin en Háng zhōu a sus viajes de inspección por siete provincias –acompañado por un séquito de más de cinco mil cortesanos y con una flota de treinta y cinco barcos por el Gran Canal, una vía navegable abierta solo para él– y regresar a Běijīng, ni un solo habi-

tante de la ciudad, ni siquiera ninguno de los más altos dignatarios, había conseguido verlo aún durante los días de su visita. A fin de cuentas, el emperador no debía cansar sus ojos contemplando el ajetreo de la vida cotidiana ni agotar su voz en conversaciones o discursos. Lo que había que ver, lo que había que decir, lo veían y decían sus súbditos por él. Y él..., él lo veía todo, incluso con los ojos cerrados, y lo oía todo también cuando dormía.

Esa mañana, Qiánlóng, Hijo del Cielo y Señor del Tiempo, flotaba atrapado en sueños febriles por encima de las torres y las azoteas de Háng zhōu, vigiladas por cientos de guerreros acorazados, en algún lugar por encima de la niebla, suspendido en el aire entre cadenas de colinas de un verde profundo donde suaves aromas impregnaban el aire otoñal y se cultivaba el té más exquisito del imperio... Tumbado como un niño pequeño en una cama que, sujeta con cuatro trenzas de seda entretejidas con hilos púrpura y perfumadas con lavanda y aceite de violeta, colgaba de las vigas lacadas de rojo de su suntuosa tienda. A veces, cuando corría aire, las plumas de ruiseñor cosidas en las colgaduras transparentes de la cama se movían con indolencia.

La corte había plantado sus tiendas y la tienda de seda del Supremo en lo más alto de la ciudad, desdeñando el lujo de los palacios de Háng zhōu, vacíos ya desde hacía semanas, porque a veces el emperador, cuando se encontraba de viaje, prefería el viento y la fugacidad de una fortaleza hecha de paños, bramantes y pendones a todas las estancias y murallas que encierran peligros ocultos o pueden convertirse en trampas colocadas por conspiradores y rebeldes ansiosos por cometer un atentado. No obstante, si se observaba el campamento desde lo más alto de las colinas, daba la impresión de que en esos días Qiánlóng sitiaba una de sus ciudades.

Rodeado por una marea de papel, peticiones, sentencias, caligrafías y poemas, juicios periciales, acuarelas e incontables documentos aún sellados y atados con cordel, que él, como cada mañana, quería leer y valorar, aprobar, admirar o rechazar, yacía el emperador abrumado por sueños angustiosos de los que despertó sobresaltado cuando el primero de sus ayudas de cámara intentó proteger un valioso documento de los espasmos del enfermo y enjugar con batista rociada con esencia de loto la divina frente empapada de sudor.

¡No! ¡No! ¡Vete! Qiánlóng, un hombre de cuarenta y dos años y aspecto casi delicado entre esos magníficos cojines y sábanas, se volvió como un crío furioso. Quería que todo, también el crujiente caos de papel en el que se revolvía, siguiera donde y como estaba.

Un movimiento apenas perceptible, apenas insinuado, de un dedo índice, habría bastado para que las manos del criado, en rígido estado de alarma, se apartaran temblando de su señor.

Pero ¿quién de los criados presentes, inclinados en silencio, a los que estaba prohibido so pena de muerte decir jamás fuera de esa tienda una sola palabra sobre la fiebre o cualquier otro achaque del Supremo, y quién de los soldados de la guardia, casi petrificados en sus armaduras color púrpura y apostados alrededor de la tienda como caparazones que respiraban inmóviles, se habría atrevido a dudar de que el emperador, aunque sudoroso y febril en su lecho transportable, no estaba también en ese instante, ¡simultáneamente!, ahí abajo, en la ciudad envuelta por la niebla, y presente asimismo entre los veintisiete traidores que esperaban el momento de la mutilación... Y en las aguas negras de la dársena en la que una goleta inglesa ya echaba las cadenas del ancla.

Como si ese estrépito, en medio del cual el gentío enmudeció, hubiese sido la señal que anunciaba una aparición, antes incluso de que el ancla tocase el fondo del mar y las cadenas se tensaran, entró en escena un hombre flaco como un palo y con una trenza que le llegaba hasta la cintura, y, sin decir palabra, se acercó al primero de los veintisiete postes. El verdugo. A continuación se inclinó brevemente ante un condenado, que se echó a lloriquear de puro miedo, y con el pulgar de la mano izquierda le apretó hacia arriba la punta de la nariz, acercó una hoz al puente con la derecha y sin miramiento alguno le abrió un tajo desde el tabique hasta la base de la frente.

En el grito de dolor que sonó cuando la sangre, como un manantial, empezó a brotar de un rostro extrañamente ahuecado y parecido de repente a una calavera, un *crescendo* que llegó a ser ensordecedor con los siguientes pasos del verdugo, que iba de un palo a otro con sus reverencias y practicando cortes siempre idénticos, se mezclaron aquí y allá risas cada vez más estridentes:

¡Por fin estos cerdos codiciosos se quedan también sin nariz después de haber perdido la vergüenza! ¡Y encima es un castigo clemente, demasiado clemente, pues estos hombres vendieron documentos sin valor en las bolsas de Běijīng, Shànghǎi y Háng zhōu e intentaron ocultar la estafa con dinero procedente de los impuestos, el oro del emperador! Arrastrándose por el suelo deberían dar las gracias a sus jueces, pues, tras la ejecución, algunos de los burlones congregados junto al patíbulo les habrían cortado también la polla y

se la habrían metido por el culo hasta que la mierda les llegara a la boca. Que la sangre manara solo de esas jetas aplanadas y únicamente la nariz cayera como fruta madura sobre las tablas del cadalso... ¡eso era un acto de clemencia!

Dos perros desgredados que seguían al verdugo pegados a sus pies olisquearon el botín que bailoteaba en el suelo, pero no lo tocaron. De eso se ocuparon las cornejas, que, unos pocos gritos y suspiros antes de que el último de los condenados se quedara sin nariz, bajaron en silencio de los techos de una pagoda y al final descartaron solo cuatro o cinco narices, despreciadas por motivos incomprensibles en medio de un dibujo caótico que el reguero de sangre trazaba en el suelo del patíbulo. ¿Sintió acaso el emperador, en su invisibilidad y estuviera donde estuviese en ese momento, lo mismo que los risueños testigos de su justicia? ¿Sonrió?

Como si el chacoloteo de las cadenas del ancla y los gritos de dolor que se elevaron de la ciudad que se extendía a sus pies lo hubieran liberado definitivamente de la opresión de sus sueños, en lo alto de las colinas el Hijo del Cielo se incorporó en su lecho, que aún se balanceaba por la intensidad de los últimos espasmos. Aun así, ni siquiera el criado, arrodillado junto a esa cama colgante, entendió los murmullos de Qiánlóng:

¿Ha llegado, pues? El inglés. ¿Ha llegado?

Alister Cox, relojero y constructor de autómatas de Londres y patrón de más de novecientos mecánicos de precisión, joyeros, orífices y plateros, se encontraba apoyado en la barandilla del *Sirius* y tenía frío a pesar del radiante sol de esa mañana, que ya se alzaba por encima de las colinas de Háng zhōu y disipaba la niebla que cubría el agua oscura del mar.

Frío. Frío. *Maldita sea.*

El *Sirius* había sido su único hogar y refugio, odiado ya desde hacía tiempo, en los siete meses de una travesía interrumpida por bruscas tormentas desde Southampton hasta la maloliente bahía de Háng zhōu tras pasar por delante de la costa africana, infestada de malaria, el cabo de Buena Esperanza y los puertos, también infectos de malaria, de la India y el sudeste de Asia. Durante el viaje, al barco se le había partido dos veces el mástil, y las dos veces había peligrado y a punto había estado de irse a pique junto con su preciosa carga, primero frente a las costas de Senegal, luego en las revueltas corrientes que pasaban frente a Sumatra.

Sin embargo, como un arca de Noé protegida por un ser todopo-

deroso y repleta de maravillosos animales de metal –forjados con plata y oro y adornados con joyas, pavos reales, leopardos mecánicos, monos y zorros polares de pelo plateado, alciones, ruiseñores y camaleones de chapa de cobre bañada en oro, cuyos colores podían pasar del rojo rubí al verde esmeralda más profundo–, el *Sirius* no había zozobrado; antes bien, había conseguido, tras largas y penosas reparaciones, volver a poner velas hacia costas hostiles, rumbo a una tierra desbordante de promesas donde gobernaba un emperador por derecho divino.

En las agitadas horas nocturnas en las que ni siquiera el capitán creía ya que su barco resistiría por mucho tiempo los embates del oleaje, Cox, que hasta entonces nunca había viajado por mar, desarrolló un extraño síntoma, una reacción a todo lo monstruoso e inquietante, a saber: en cuanto se avecinaba un peligro, empezaba a sentir frío, incluso en el sudeste de Asia o en Indonesia, donde reinaba un calor tropical. A veces, el que se encontraba cerca de él oía incluso cómo le rechinaban los dientes. Y que ahora, en esa mañana soleada, también sintiera frío, se debió a algo que atisbó por un catalejo exquisitamente cincelado que quería obsequiar al emperador de la China en la primera audiencia que le concediera.

La tripulación del *Sirius*, y con ella también Cox, habían interpretado las risas, el griterío y el sonido del gong, que por encima del agua inmóvil la brisa llevaba desde el patíbulo hasta los costados de la nave, invadidos de broma, como la animación propia de una fiesta. ¡El emperador de la China mandaba celebrar la llegada del relojero y constructor de autómatas más talentoso de Occidente! Y, en efecto, vieron cohetes en el cielo, y tan cegadores que ni siquiera palidecían contra el sol los penachos de humo del color del arcoíris que, detrás de cada fogonazo, se alzaban hacia el zenit formando espirales vertiginosas. Pero cuando Cox miró por el catalejo no vio una tarima engalanada con guirnaldas de flores, ni una orquesta, y tampoco mástiles con las banderas izadas, sino un cadalso y veintisiete postes, y esa visión le dejó claro que eso no era una fiesta.

Cox tenía frío. Volvió a ver ante él a los enviados del emperador, dos hombres de aspecto extrañamente sencillo, con largas trenzas en el pelo y vestidos con trajes de seda y lana lustrosa, que dos años antes, durante aquel desdichado otoño en que, enferma de tos ferina, había fallecido su hija Abigail, una niña de ocho años, su sol, su estrella, le habían llevado la invitación del emperador de la China.

Los enviados imperiales se habían acercado al ataúd de Abigail porque Cox se negaba a dejar de velarla para ir a saludar en la antesala a tan distinguidos visitantes. Llevaba tres días sin comer, apenas había bebido nada, y las palabras de los enviados, traducidas por un intérprete de la Compañía de las Indias Orientales, llegaban a sus oídos como desde un lugar muy remoto:

Se ruega al Maestro Alister Cox, en nombre del Hijo del Cielo, el excelso Qiánlóng, que visite la corte de Běijīng para ser allí el primer hombre del mundo occidental que ocupará aposentos en la *Ciudad Prohibida*, con vistas a crear, según los planes y sueños del Supremo, apasionado amante y coleccionista de relojes y autómatas, obras hasta hoy nunca vistas.

Al principio, los enviados seguramente pensaron que en la capilla ardiente de Abigail, adornada con coronas y guirnaldas de rosas damascenas blancas e iluminada por las llamas de decenas de velas blancas, no yacía una niña muerta, sino, en un catafalco, un ángel mecánico hecho con los metales más delicados, la última obra de ese constructor de autómatas famoso en todo el mundo, un muñeco que en cualquier momento podía incorporarse y abrir los ojos... Para ello bastaba con apretar un botón.

Sobre los párpados de su pequeña, Cox había colocado unos zafiros azules destinados inicialmente a un milano real que le había encargado el duque de Marlborough. Con las alas de plata había cubierto los delgados brazos de Abigail. En el cuerpo, consumido por la fiebre y la tos y envuelto en una mortaja de satén blanco, relucían también, como las alas de un ángel, alas de aves rapaces.

En aquellos momentos, Cox había sentido que su propia piel y los rasgos de su rostro tenían la dureza del metal, y la temperatura y el lento flujo de sus lágrimas le parecían caer sobre una estatua en cuyo oscuro interior estaba atrapado. Cuando uno de los enviados reconoció su error y vio ante sus ojos no un autómata, sino una niña muerta, hizo una profunda reverencia y, creyendo cumplir así con las costumbres de una cultura extranjera, se hincó de rodillas ante el cadáver de la inocente.

En los dos años transcurridos desde entonces, Cox había pensado en Abigail todas las horas del día, y había dejado de construir relojes. No quería fabricar en sus bancos ni una sola rueda dentada más, ni más escapes, péndulos y volantes si cada una de esas partes solo servía para medir un tiempo fugitivo que no se podía prolongar ni con lo más valioso de este mundo.

¡Cinco años, solo cinco años de la eternidad se le habían concedido a Abigail! Y él, después de enterrar el pequeño ataúd en una oscura fosa del cementerio de Highgate, mandó retirar todos los relojes, incluido el reloj de sol en el ala sur de su casa de Shoe Lane... Todos salvo uno, un reloj enigmático que hizo colocar, en lugar de un ángel de mármol o un fauno acongojado, en la lápida de Abigail.

El boceto para construir ese reloj, enmarcado desde hacía meses por hojas de hiedra y rosas, y que no le había enseñado siquiera a Faye, no volvería a desplegarlo hasta después de instalarse en su banco de trabajo en la China, en búsqueda allí de un mecanismo capaz de girar y girar hasta acabar saliéndose del tiempo mismo y entrar en la eternidad como un insecto que se libera de las cadenas de su capullo. *El reloj de la vida* de Abigail..., así había bautizado Cox esa discreta joya mortuoria, camuflada, según la estación, bajo pimpollos, hojas secas o escaramujos, en la que quería leer el transcurrir de su propia vida y fijar el descanso eterno de Abigail.

Que ahora en sus talleres de Liverpool, Londres y Manchester, por encargo de casas gobernantes, de grandes astilleros o del Almirantazgo, se fabricaran instrumentos para medir el tiempo –hechos por cientos y cientos de relojeros y mecánicos de precisión que podían dar a un cronómetro incluso la forma y el canto de un mirlo o de un ruiseñor que entonaban cantos distintos por la mañana, al atardecer o por la noche–, se debía, desde la muerte de Abigail, a la intervención de su amigo y colega Jacob Merlin, que se encontraba junto a él en la barandilla del *Sirius*. Merlin supervisaba la producción, y así también había estado durante los siete meses vividos a bordo, a su lado, como si temiera tener que impedir que Alister Cox, el hombre más triste del mundo, buscara la paz en las negras profundidades del océano.

¿No iremos a atracar precisamente en el Muelle de las Ejecuciones?, dijo Merlin, que también tenía un catalejo en la mano.

Solo una vez en la vida había visto Cox morir ahorcados, en el *Execution Dock* del Támesis, a tres piratas, colgados de unas sogas especialmente cortas para que la altura habitual de la caída, en lugar de partirlas el pescuezo, los hiciera morir lentamente, asfixiados por su propio peso. *La danza de los piratas* habían llamado los curiosos al pataleo de los condenados, que se esforzaban en vano por respirar. Justicia regia.

Cox tenía frío. En las dos últimas décadas, las casas de más refulbrón de Inglaterra y del continente habían enviado sus pedidos a Shoe Lane; algunas, para hacerse un regalo a sí mismas, otras, para congraciarse con cortes más poderosas e invencibles, como la del

zar de Rusia. Pero ¿alguna vez había preguntado algún agraciado con esos regalos por el creador de los relojes y autómatas que le obsequiaban con el ruego de que autorizara la apertura de una ruta comercial o concediera facilidades aduaneras u otros privilegios?

El emperador de la China sí había preguntado.

Cuando, tras pensárselo durante dos meses, Cox aceptó la invitación de Qiánlóng y, en señal de aprobación, envió a Běijīng el boceto en tinta china de un alción, esperaba realmente que ese viaje le permitiera, tal vez, olvidar la falta de compasión del tiempo y así volver a construir autómatas, relojes incluso, creaciones mecánicas que en realidad siempre serían solo un juguete..., pavos reales, rui-señores o leopardos, juguetes relucientes para Abigail, con sus zafiros y rubíes ornamentales.

Como los príncipes, los millonarios y los señores de la guerra de Europa, los hombres más ricos y despiadados de su época, también un emperador, un semidiós, debía jugar, en las salas del trono y en los pabellones en que concedía audiencias, con los animales maravillosos y los muñecos de un inglés somnoliento que, en Highgate, y debajo de un pino azul del Himalaya, esperaba su propia resurrección, e iluminar así su imperio con un destello de inocencia infantil.

2. «DÀ YÙN HÉ», EL CANAL DEL EMPERADOR

El emperador no quería un juguete.

Ni los habitantes de los pueblos y las privilegiadas ciudades que se levantaban a orillas del Dà yùn hé, ni las tripulaciones de los treinta y cinco juncos que desde hacía nueve días navegaban a vela y a remo desde Háng zhōu hacia Běijīng, río arriba, pasando junto a arrozales, moraledas y bosques de teca, sabían decir en qué barco de esa pomposa flota viajaba el Supremo.

Los juncos, con sus velas rojo sangre pintadas con constelaciones y dragones dorados y atadas a mástiles negros, apenas se distinguían entre sí. También sus nombres debían permanecer ocultos durante semanas bajo un hule rojo, hasta que los cabos chasquearan ante los malecones de Běijīng; impredecible para los no iniciados, la formación podía cambiar en cualquier momento del día y de la noche sin que se oyera a nadie dar la orden a voz en cuello. Entonces, por ejemplo, el decimoséptimo junco pasaba delante de los diez que lo precedían y ocupaba el lugar del séptimo mientras este retrocedía a la trigésima posición; a su vez, el trigésimo junco avanzaba veinte posiciones y el primero o el quinto o el noveno se situaban en la cola y así sucesivamente.

Ningún enemigo, desde una emboscadura en las orillas rocosas aparentemente apacibles o cubiertas de maleza, ningún conspirador, nadie dispuesto a cometer un atentado debía jamás saber a cuál de los barcos imperiales disparar sus granadas, sus proyectiles de piedras incandescentes o sus flechas incendiarias, y ni sospechar siquiera si en esa flota viajaba realmente el Divino o si lo que avanzaba a toda vela era una mera, aunque grandiosa, maniobra de diversión.

Eran los oficiales de la guardia imperial, apostados en todos los juncos –de ellos se decía que hacía ya mil años que tenían los ojos abiertos: por cada soldado de la guardia que dormía, diez debían estar despiertos–, quienes decidían a qué hora del día o de la noche se cambiaría la formación de la flota, y lo hacían con fogatas o valiéndose del lenguaje cifrado de las banderolas y gallardetes.

Cox no sabía si también al emperador, mientras dormía, lo mecían noche tras noche las olas negras del Dà yùn hé, el gran canal que

unía el sur del imperio con Běijīng y el norte, o si quizá Qiánlóng, protegido por cientos de jinetes acorazados más rápidos que cualquier velero, galopaba ya desde hacía tiempo por sus campos, sus marismas y sus estepas.

Siete semanas, tal vez más, según el viento y las escalas, duraría esa travesía, y nadie había visto aún a Qiánlóng desde que zarpara de Háng zhōu, un viaje que se inició con un revoloteo de ofrendas y billetes rojos de papel de arroz para sosegar a los espíritus. El emperador era invisible incluso cuando pasaba junto a las grandes ciudades ribereñas desde las que miles de personas saludaban jubilosas el paso de la flota, e invisible también cuando remolcaban los juncos por un desnivel o una esclusa, un espectáculo fabuloso con centenares de búfalos y una multitud de esclavos y siervos tirando de cables por encima de toboganes de madera al son de una música atronadora en las que se mezclaban gongs, cencerros y trompetas.

Joseph Kiang, un chino han nativo de Shànghǎi y bautizado por un misionero portugués, al que le habían asignado el papel de intérprete de los invitados ingleses, dijo que el emperador solo se dejaría ver igual que la primera nevada, igual que una granizada o un tórrido día de verano... Todos sabían que no había año sin nieve, sin tormentas, sin calor, pero *cuándo* aparecería lo que siempre se espera que se repita era una probabilidad oculta en pronósticos, en columnas de cifras astrológicas, un misterio. Decía Kiang que algunos criados y eunucos no habían visto al Supremo ni una sola vez en dos o tres décadas de vida en la corte. Al fin y al cabo, solo debe mostrarse quien, al enfrentarse a su mundo, quiere dejar en él una impronta o medirse en él o con él.

En cambio, y siempre según Kiang, en cualquier travesía fluvial a bordo de un velero, Qiánlóng podía pasarse el tiempo durmiendo, en una cama colgante o en una hamaca tejida con las cabelleras de sus enemigos, con la certeza de que no se le resistiría ningún desnivel, ningún torrente, ninguna montaña. Y ninguna distancia, por grande que fuera. A lo largo de varias generaciones, los arquitectos hidráulicos más ingeniosos habían comunicado, siempre según la voluntad del emperador y de su dinastía, Běijīng con el delta del Lán Chāng Jiāng y Háng zhōu, e incluso habían unido, con sistemas de esclusas de formas diversas, corrientes opuestas de afluentes, arroyos y manantiales en un único canal que resplandecía al sol.

Cuarenta metros de ancho tenía el Dà yùn hé, la vía navegable más larga abierta jamás por la mano del hombre, y en algunos lugares alcanzaba los doce metros de profundidad. Casi mil doscientas

millas de Háng zhōu a Běijīng. En parte alguna había registrado nadie cuántos siervos, trabajadores forzosos y esclavos habían muerto de agotamiento durante los siglos que duraron las excavaciones del *Canal del Emperador*, o de fiebre, a causa de las heridas, o bajo las hachas, las flechas y los cuchillos de clanes amotinados. En las ciudades de las orillas se decía que mil muertos por cada legua del Gran Canal.

Para las tripulaciones de los juncos y las legiones de ayudantes reclutados en los pueblos y las ciudades de las orillas, superar cada desnivel era una fiesta. Los cánticos y jadeos al ritmo del gong solían mezclarse con los gritos de las bandadas de aves acuáticas que oscurecían el cielo. Barnaclas, grullas, garzas reales..., y, cuando tras horas de fatiga un junco volvía a deslizarse por las aguas lisas de la siguiente sección del canal y hacía añicos allí el reflejo de las nubes, todos los cánticos que habían acompañado la maniobra se perdían entre los hurras.

Los atardeceres en que hasta el último barco de la flota había superado un obstáculo se encendían en la orilla grandes hogueras en las que cocineros vestidos de negro preparaban esos ciento ocho platos que, según las normas de la corte, debían formar la comida del Supremo. No obstante, las viandas imperiales preparadas en las cocinas abiertas que humeaban en la orilla no se servían solo al Divino, sino a todos los que participaban del éxito de su flota –a una tripulación, siete platos de la extensa lista; a otra, nueve o doce de los ciento ocho–, siempre según el valor nutritivo y la dificultad de los servicios prestados.

El Divino quería que sus súbditos disfrutaran con él, el Invisible, y con su bendición, en una mesa común, e invisible también, de los frutos y dones del imperio. Mientras los platos aún se cocían en marmitas, sartenes y espetos, los cocineros anunciaban por bocinas de latón todos los ingredientes y, en largas letanías, también los nombres de condimentos preciosos; a veces establecían, incluso en verso, asociaciones entre los tiempos de cocción y las propiedades de tal o cual ingrediente, y de la fuerza interior del Supremo, hecha de materia prima y elementos indómitos semejantes al calor de un fogón, surgía, para sus súbditos, como un trasunto del cielo, un invencible imperio nutritivo.

Aun cuando Qiánlóng nunca hiciera acto de presencia en una mesa ni en las lonas extendidas sobre los prados de la orilla, donde los platos se servían entre antorchas encendidas, los comensales, vesti-